

## NUEVAS E INÉDITAS NOTICIAS SOBRE LA CUEVA PINTADA DE GÁLDAR

**Maximiano Trapero**

Catedrático de Filología Española  
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Como del acontecimiento cultural más importante de los últimos años en Canarias calificaría yo la apertura al público del Museo y Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar ocurrida el pasado día 26 de julio. Porque hay que apresurarse en decir que ese bautizado «parque arqueológico» no contempla sólo la famosa cueva pintada, sino un poblado aborigen entero, el más importante de los descubiertos hasta ahora en Canarias, dentro del cual la cueva pintada es el centro y la «joya de la corona».

El mismo acto de la inauguración oficial, con la presencia de las tres instituciones de quienes han procedido los recursos económicos para su rehabilitación, el Gobierno Central, el Gobierno Autónomo y el Cabildo de Gran Canaria, fue un verdadero acontecimiento del que fueron testigos directos todos los medios de comunicación del archipiélago y una muy amplia representación de la sociedad grancanaria en particular y canaria en general. El mayor mérito hay que atribuírselo, sin ningún género de dudas, al Cabildo de Gran Canaria, por cuanto tomó como proyecto propio la coordinación de los trabajos de investigación y de excavación previos, la conversión de aquel yacimiento en un museo y parque arqueológico abierto a toda la sociedad y, finalmente, la dirección y gerencia de su funcionamiento. El resultado final que ya puede verse es un espacio cultural de primera categoría, de interés no sólo local, sino nacional e internacional, y a la altura de los mejores yacimientos arqueológicos que puedan citarse del mundo, sin duda el mejor de Canarias. De la «altamira» de Canarias se ha calificado a la cueva pintada de Gáldar, y aun de «capilla sixtina», por cuanto se refiere a sus pinturas.

Tómense todas las proporciones que se quieran y las prudencias necesarias en las comparaciones, pero de verdad que lo descubierto en Gáldar y puesto a la vista del público es una maravilla, de un interés histórico extraordinario, y de una importancia sin parangón por lo que se refiere al patrimonio histórico cultural del pueblo canario, y justamente de una etapa, la de los aborígenes, en que casi todo había que imaginárselo, o bien porque estaba oculto, o porque sólo se refería por medio de escrituras, o porque estaba fragmentado en mil pequeñas piezas aisladas. Ahora se nos muestra un poblado entero, con sus casas y cuevas, con sus callejuelas y lugares públicos, con los objetos de que sus pobladores se servían, etc. y con el complemento de maquetas, de dibujos y de proyecciones que ayudan a contextualizar las formas de vida y el nivel de civilización que los aborígenes de Gran Canaria tenían en el momento en que llegaron a la isla los conquistadores castellanos.

Confieso que nunca había tenido yo la oportunidad de ver en vivo y en directo ni la cueva pintada ni menos el conjunto del poblado aborigen de Gáldar; éste porque no estaba a la vista de nadie, ya que ha sido descubierto ahora, gracias a las labores de rehabilitación iniciadas en torno a la cueva pintada; y ésta porque se cerró al público en 1982, cuando empezaba yo a interesarme vivamente por la cultura de los aborígenes canarios. Conocía la cueva pintada sólo por la magnífica reproducción que de ella se hizo, a escala, en el Museo Canario de Las Palmas en los años en que lo presidía José Miguel Alzola. Pero fuera de ello, lo desconocía casi todo: el momento de su descubrimiento, las referencias históricas que de la cueva existían, el tiempo en que debió ser habitada, la función a la que estaba destinada, etc.

De tres fuentes obtuve yo un nivel de información básico y general sobre la cueva pintada y su

parque arqueológico: del discurso que pronunció el Presidente del Cabildo de Gran Canaria, José Manuel Soria, en el acto de la inauguración, que explicó de una manera sucinta pero completa los avatares de la cueva pintada desde su descubrimiento en la segunda mitad del siglo XIX hasta ahora; del «especial» que dedicó *La Provincia/Diario de Las Palmas* el mismo día de la inauguración, con fotografías espectaculares y textos muy bien elaborados por Cira Morote Medina; y naturalmente de la visita que giré al yacimiento ese mismo día. Por el discurso del Presidente del Cabildo y por los textos de la periodista de *La Provincia*, supe yo que la cueva pintada había sido descubierta en 1873 por el agricultor galdense José Ramos Orihuela, quien haciendo unos trabajos de sorriba en un huerto de su propiedad, descubrió por azar un agujero que le llevó a ver por vez primera, tras siglos de ocultamiento, las pinturas que adornaban el techo y las paredes de la cueva a la que aquel agujero le condujo. Y que fue el propio Ramos Orihuela el que le dio el nombre con que desde entonces se la conoce, «cueva pintada», una denominación que nos resulta acertadísima, popular y contundente. Y supe que el descubrimiento pasó pronto a las páginas de la erudición local, por parte primero de Diego Ripoché y después de Chil y Naranjo, a la vez que fue reclamo obligado para todos los viajeros e investigadores extranjeros que llegaban a las islas con el ánimo de conocer el pasado de los primitivos canarios, entre ellos la inglesa Olivia Stone y el francés René Verneau. Y me enteré del estado de semiabandono en que la cueva estuvo siempre, hasta que en los últimos años de la década de los 60 del siglo XX una persistente campaña de prensa sobre la importancia de la cueva pintada logra para ella en 1972 la declaración de «Monumento Histórico Artístico». A ello siguió un libro monográfico de Miguel Beltrán y José Miguel Alzola (1974) en donde se exponían y explicaban las pinturas de sus paredes, que llamó la atención de la comunidad científica y de las Instituciones culturales del Estado, hasta que 1982 se cierra definitivamente la cueva para su restauración. Pero no será hasta 1987 en que empiece la labor de los arqueólogos, con un plan iniciado por Celso Martín de Guzmán y concluido por Jorge Onrubia, Iñaki Sáenz y Carmen Rodríguez, que les llevará poco a poco a descubrir todo un poblado, dentro del cual la cueva pintada constituía el centro de lo que fue la «capital» del Guanartemato de Gáldar. Es decir, que con esta actuación se logró no sólo preservar a las pinturas de la cueva del peligro de desaparición que las amenazaba, sino identificar a la cueva misma, con su configuración original, dentro del conjunto poblacional al que pertenecía.

De todo ello me enteré yo el mismo día de su inauguración. Pero me faltaba conocer la historia antigua de la cueva, o por mejor decir, las noticias antiguas que sobre la cueva pintada pudo dar la historiografía de Canarias. Me resultaba extraño y sorprendente que un yacimiento aborigen tan singular y perteneciente además al lugar de Gáldar, que tanta importancia tuvo en la conquista de la isla por parte de los castellanos, hubiera pasado desapercibida para los cronistas e historiadores de esa conquista. Pero nada recordaba yo haber leído en las fuentes historiográficas canarias más al uso, cosa que pude comprobar acudiendo a las *Historias* de Abreu Galindo y de Torriani: silencio total, ni una sola mención a la cueva pintada de Gáldar; y a los dos se les tiene, y con razón, sobre todo a Abreu Galindo, por los historiadores más y mejor informados de las «antigüedades» canarias.

Andaba yo en esos días consultando un libro de un tal Diego de Guadix que había escrito a finales del siglo XVI una compilación de «algunos nombres arábigos que los árabes pusieron a algunas ciudades» de España -así reza su título-, con el ánimo de encontrar en ellos alguna concomitancia con los topónimos guanches, objeto actual de mis investigaciones lingüísticas. Y encontré en él mucho más de lo que esperaba, pues el tal autor daba por árabes todos los topónimos guanches que en su libro se recogían. Y son muchos: *Aguatabar*, *Alajeró*, *Arafo*, *Arguayo*, *Bellhoco*, *Benchijigua*, *Benigua*, etc. Nombres de los que, por otra parte, la mayoría de ellos no figura en ningún registro canario antiguo. Pues aparte el error fundamental de Diego de

Guadix de considerar arábigos los nombres guanches, lo que suponía desconocer la verdadera historia de los antiguos canarios, nos incitaba a conocer las fuentes de las que pudo haberse servido el autor de Guadix para citar topónimos canarios de lugares tan minúsculos y desconocidos en esas fechas fuera de las Islas. La respuesta nos la dio el estudio introductorio del libro: Diego de Guadix fue un fraile franciscano que vino a Gran Canaria en 1586 como comisario visitador de la provincia franciscana de Canarias. Por tanto conoció la realidad insular de primera mano y recogió los nombres guanches, que él creía arábigos, de la misma tradición oral de las islas.

Dejo para otra ocasión el estudio más detenido que requiere la consideración de los topónimos guanches por parte de Diego de Guadix, pero me detendré en lo que dice sobre Gáldar. (Lo de *Agáldar* es una denominación, sólo una, de entre las varias con que aparece mencionada en las escrituras antiguas.) En efecto, llegado al nombre de *Gáldar*, dice el franciscano de Guadix que consta del componente arábigo *ga* que significa 'casa', y del componente *dar* que significa 'cara o preciosa', con lo que el nombre de *Gáldar* significó todo junto 'casa cara o preciosa'. Y a continuación pone el porqué de ese nombre. Con razón los antiguos canarios -dice Guadix- llamaron así a su pueblo, pues había «una casa notable que los gentiles y antiguos naturales dél allí tenían hecha de comunidad, para que en ella se criasen las donzellas de todo el pueblo, debaxo la corrección y disciplina de una matrona a quien todas obedecían como a madre y superiora suya». Y sigue en la descripción de la casa, dejando constancia de que sigue en pie, diciendo: «Oy en día está la casa en pie y, cierto, con razón la llaman casa cara y costosa, porque debió de costar mucho de hazer, por ser como es de cantería, de unas piedras no muy grandes labradas a quadrado y sentadas en aquel edificio, sin intervenir en ella herramienta de hierro ni azero sino las escodas y espicoches eran unos pedernales fixados y enastados en las puntas de unos cuernos de cabras, que se dexa bien entender que a cada cuatro golpes se desenastaría el pedernal y se desbarataría aquella herramienta». Y concluye dejando constancia de que la vio con sus propios ojos y quedó asombrado de la perfección de la puerta de entrada que tenía: «Soy testigo de vista -dice Guadix- de que la puerta de aquella casa o monesteruelo es de madera y toda de una pieza y labrada, también sin hierro ni azero sino con los dichos pedernales enastados en puntas de cuernos de cabra, y assí los golpes o açoladas están señalados en la madera de la puerta, que son unos bocadillos de madera como la uña del dedo menor de la mano».

De este libro de Diego de Guadix nadie había dado noticias en relación con Canarias, que yo supiera, ni menos que en él se contuviera una descripción tan minuciosa y tan encomiástica de la cueva de Gáldar. Lo cual adelantaba en tres siglos la noticia de la cueva pintada. ¿De la cueva pintada? El texto de Guadix habla siempre de «casa» y no de cueva; habla del destino que tenía de «monesteruelo» de jóvenes doncellas dedicadas a alguna función ritual (que posteriormente se ha identificado con el de las famosas *harimaguadas*); pone su acento en la perfección constructiva de sus bloques de piedra, más teniendo en cuenta que no tenían herramientas de hierro ni de acero para labrarlas y que tuvieron que valerse sólo de pedernales fijados a las puntas de los cuernos de cabra; pone igualmente su admiración en el labrado de la puerta de entrada, de una sola pieza de madera, en la que se ven señalados los «bocadillos» que sus rústicos instrumentos de piedra y de hueso lograron sacar y que ahora le dan tan preciosa decoración. Pero ni una sola mención a las pinturas de paredes y techo de la cueva.

El deseo de conocer más y mejor las referencias antiguas que pudiera haber sobre la cueva pintada de Gáldar me llevó a consultar la obra de quien más la ha estudiado, desde todos los puntos de vista posibles, desde el arqueológico, por haber sido el director técnico de las excavaciones, y desde el historiográfico, por haber hecho su tesis doctoral sobre el Guanartemato de Gáldar. Me refiero a Jorge Onrubia y a su espléndido libro *La isla de los*

*Guanartemes* (Cabildo de Gran Canaria, 2004). En él está todo, salvo, claro, las nuevas referencias de Diego de Guadix. La única fuente antigua que da cuenta detallada del lugar en que vivía el Guanarteme de Gáldar en la época en que los castellanos llegan a la isla de Gran Canaria y la conquistan es Antonio de Sedeño, un enigmático autor que escribe un «Brebe resumen y historia muy verdadera de la conquista de Canaria» y que puede ahora consultarse en la impagable compilación que hizo Morales Padrón de todas las *Crónicas* de la conquista de Gran Canaria (Cabildo de Gran Canaria, 1993, 2ª ed.). Pero Sedeño habla no de una, sino de dos «casas» del Guanarteme: una que los antiguos canarios llamaban *roma* que estaba forrada de tablones de tea tan ajustados que ni se reconocían las juntas, y en la parte alta había unas pinturas en blanco, colorado y negro que semejaban «unos ajedresados, i tarjetas redondas a modos de quesos»; y otra casa cercana a la anterior «que seruí de seminario de doncellas, hijas de hombres principales, onde tenían maestra, mujer anciana de buena vida...».

La tradición posterior ha identificado la casa primera de Sedeño con la «casa fuerte del Guanarteme» que se mantuvo en pie hasta el siglo XVIII y estaba situada en un lateral de la actual iglesia de Santiago de Gáldar; y la casa segunda de Sedeño con la cueva pintada. Pero según la interpretación de Onrubia, Sedeño adjudica impropriamente a la «casa fuerte del Guanarteme» las pinturas que pertenecían a la cueva pintada destinada a ser «seminario de doncellas». Y si esto fuera así, resultaría que el relato de Diego de Guadix, coincidente en el destino que tenía de ser «monesteruelo de donzellas», vendría a identificar aquella «casa cara o preciosa», que según él fue la que dio nombre al pueblo de Gáldar, con la verdadera cueva pintada que hoy podemos ver restaurada; y de paso se convertiría su relato, junto con el de Sedeño, en la primera referencia histórica que de la cueva pintada tengamos, hecha además por alguien que confiesa haberla visto con sus propios ojos. Quienes más saben de la disposición que tenían las «casas» del poblado del Guanarteme de Gáldar podrán determinar mejor que yo si la descripción de Diego de Guadix se refiere en efecto a la «cueva pintada» o la «casa fuerte del Guanarteme».

Las dudas que pueden surgir de los textos de Sedeño y de Guadix, y que se arrastraron en toda la historiografía canaria hasta el siglo XVIII, proceden de la existencia de esas dos «casas» que hemos señalado y de la misma denominación de «casa» que se les da en los respectivos textos. Pero en realidad, los grancanarios aborígenes vivían en «cuevas» y «chozas», tal cual describe el cronista de América Francisco López de Gómara, siendo las primeras grutas naturales o acondicionadas como habitáculo humano y las segundas construcciones levantadas de fábrica. Y eso es lo que podemos ver claramente hoy en el Parque Arqueológico de Gáldar: la planta de hasta 60 «habitáculos» perfectamente delimitados y estructurados dentro de un conjunto, varias «cuevas» tal cual quedaron al ser abandonadas por los aborígenes tras la conquista, unas enteras y otras con los techos hundidos, y cuatro «chozas» reconstruidas por los arqueólogos que nos dan una idea magnífica de lo que pudo haber sido todo aquel poblado, pero identificadas todas ellas en las crónicas antiguas como «casas».

Además, el descubrimiento del poblado aborigen de Gáldar nos pone en evidencia de que la práctica de pintar paredes y techos con determinadas figuras geométricas o simplemente con colores extendidos no fue un caso aislado y único de la «cueva pintada», pues vemos muchas huellas de esta práctica en otras varias cuevas y «casas» del conjunto. Y es cosa, además, que dejó expresamente consignado Sedeño en su relato: «Otras muchas casas tenían pintadas, y cuevas con colores...». Pero ninguna tanto ni tan exquisitamente como la «cueva pintada», lo que demuestra que ésta tenía una función especialmente relevante en el conjunto de aquel poblado, quizás, como se ha señalado, la de servir de cueva sepulcral de los hombres principales de aquella sociedad.

En fin, me sirve esta ocasión para felicitar a todas las personas e instituciones que han intervenido en la rehabilitación y puesta en funcionamiento del Museo y Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar, y muy especialmente al Cabildo de Gran Canaria y a los tres arqueólogos principales Jorge Onrubia, Iñaki Sáenz y Carmen Rodríguez, por tan magnífica obra puesta al conocimiento y disfrute de toda la sociedad, canaria, nacional e internacional, a la vez que recomiendo vivamente a todos los canarios que vayan a visitarla, una visita que debe ser inexcusable en el caso de todos los escolares de primaria y de secundaria, pues en ella se muestra de manera admirable una parcela de la identidad cultural de lo que el pueblo canario fue en sus orígenes. Una obra de la que deberemos sentirnos legítimamente orgullosos todos los canarios.

Como del acontecimiento cultural más importante de los últimos años en Canarias calificaría yo la apertura al público del Museo y Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar ocurrida el pasado día 26 de julio. Porque hay que apresurarse en decir que ese bautizado «parque arqueológico» no contempla sólo la famosa cueva pintada, sino un poblado aborigen entero, el más importante de los descubiertos hasta ahora en Canarias, dentro del cual la cueva pintada es el centro y la «joya de la corona».

El mismo acto de la inauguración oficial, con la presencia de las tres instituciones de quienes han procedido los recursos económicos para su rehabilitación, el Gobierno Central, el Gobierno Autónomo y el Cabildo de Gran Canaria, fue un verdadero acontecimiento del que fueron testigos directos todos los medios de comunicación del archipiélago y una muy amplia representación de la sociedad grancanaria en particular y canaria en general. El mayor mérito hay que atribuírselo, sin ningún género de dudas, al Cabildo de Gran Canaria, por cuanto tomó como proyecto propio la coordinación de los trabajos de investigación y de excavación previos, la conversión de aquel yacimiento en un museo y parque arqueológico abierto a toda la sociedad y, finalmente, la dirección y gerencia de su funcionamiento. El resultado final que ya puede verse es un espacio cultural de primera categoría, de interés no sólo local, sino nacional e internacional, y a la altura de los mejores yacimientos arqueológicos que puedan citarse del mundo, sin duda el mejor de Canarias. De la «altamira» de Canarias se ha calificado a la cueva pintada de Gáldar, y aun de «capilla sixtina», por cuanto se refiere a sus pinturas.

Tómense todas las proporciones que se quieran y las prudencias necesarias en las comparaciones, pero de verdad que lo descubierto en Gáldar y puesto a la vista del público es una maravilla, de un interés histórico extraordinario, y de una importancia sin parangón por lo que se refiere al patrimonio histórico cultural del pueblo canario, y justamente de una etapa, la de los aborígenes, en que casi todo había que imaginárselo, o bien porque estaba oculto, o porque sólo se refería por medio de escrituras, o porque estaba fragmentado en mil pequeñas piezas aisladas. Ahora se nos muestra un poblado entero, con sus casas y cuevas, con sus callejuelas y lugares públicos, con los objetos de que sus pobladores se servían, etc. y con el complemento de maquetas, de dibujos y de proyecciones que ayudan a contextualizar las formas de vida y el nivel de civilización que los aborígenes de Gran Canaria tenían en el momento en que llegaron a la isla los conquistadores castellanos.

Confieso que nunca había tenido yo la oportunidad de ver en vivo y en directo ni la cueva pintada ni menos el conjunto del poblado aborigen de Gáldar; éste porque no estaba a la vista de nadie, ya que ha sido descubierto ahora, gracias a las labores de rehabilitación iniciadas en torno a la cueva pintada; y ésta porque se cerró al público en 1982, cuando empezaba yo a interesarme vivamente por la cultura de los aborígenes canarios. Conocía la cueva pintada sólo por la magnífica reproducción que de ella se hizo, a escala, en el Museo Canario de Las Palmas en los años en que lo presidía José Miguel Alzola. Pero fuera de ello, lo desconocía casi todo:

el momento de su descubrimiento, las referencias históricas que de la cueva existían, el tiempo en que debió ser habitada, la función a la que estaba destinada, etc.

De tres fuentes obtuve yo un nivel de información básico y general sobre la cueva pintada y su parque arqueológico: del discurso que pronunció el Presidente del Cabildo de Gran Canaria, José Manuel Soria, en el acto de la inauguración, que explicó de una manera sucinta pero completa los avatares de la cueva pintada desde su descubrimiento en la segunda mitad del siglo XIX hasta ahora; del «especial» que dedicó *La Provincia/Diario de Las Palmas* el mismo día de la inauguración, con fotografías espectaculares y textos muy bien elaborados por Cira Morote Medina; y naturalmente de la visita que giré al yacimiento ese mismo día. Por el discurso del Presidente del Cabildo y por los textos de la periodista de *La Provincia*, supe yo que la cueva pintada había sido descubierta en 1873 por el agricultor galdense José Ramos Orihuela, quien haciendo unos trabajos de sorriba en un huerto de su propiedad, descubrió por azar un agujero que le llevó a ver por vez primera, tras siglos de ocultamiento, las pinturas que adornaban el techo y las paredes de la cueva a la que aquel agujero le condujo. Y que fue el propio Ramos Orihuela el que le dio el nombre con que desde entonces se la conoce, «cueva pintada», una denominación que nos resulta acertadísima, popular y contundente. Y supe que el descubrimiento pasó pronto a las páginas de la erudición local, por parte primero de Diego Ripoché y después de Chil y Naranjo, a la vez que fue reclamo obligado para todos los viajeros e investigadores extranjeros que llegaban a las islas con el ánimo de conocer el pasado de los primitivos canarios, entre ellos la inglesa Olivia Stone y el francés René Verneau. Y me enteré del estado de semiabandono en que la cueva estuvo siempre, hasta que en los últimos años de la década de los 60 del siglo XX una persistente campaña de prensa sobre la importancia de la cueva pintada logra para ella en 1972 la declaración de «Monumento Histórico Artístico». A ello siguió un libro monográfico de Miguel Beltrán y José Miguel Alzola (1974) en donde se exponían y explicaban las pinturas de sus paredes, que llamó la atención de la comunidad científica y de las Instituciones culturales del Estado, hasta que 1982 se cierra definitivamente la cueva para su restauración. Pero no será hasta 1987 en que empiece la labor de los arqueólogos, con un plan iniciado por Celso Martín de Guzmán y concluido por Jorge Onrubia, Iñaki Sáenz y Carmen Rodríguez, que les llevará poco a poco a descubrir todo un poblado, dentro del cual la cueva pintada constituía el centro de lo que fue la «capital» del Guanartemato de Gáldar. Es decir, que con esta actuación se logró no sólo preservar a las pinturas de la cueva del peligro de desaparición que las amenazaba, sino identificar a la cueva misma, con su configuración original, dentro del conjunto poblacional al que pertenecía.

De todo ello me enteré yo el mismo día de su inauguración. Pero me faltaba conocer la historia antigua de la cueva, o por mejor decir, las noticias antiguas que sobre la cueva pintada pudo dar la historiografía de Canarias. Me resultaba extraño y sorprendente que un yacimiento aborigen tan singular y perteneciente además al lugar de Gáldar, que tanta importancia tuvo en la conquista de la isla por parte de los castellanos, hubiera pasado desapercibida para los cronistas e historiadores de esa conquista. Pero nada recordaba yo haber leído en las fuentes historiográficas canarias más al uso, cosa que pude comprobar acudiendo a las *Historias* de Abreu Galindo y de Torriani: silencio total, ni una sola mención a la cueva pintada de Gáldar; y a los dos se les tiene, y con razón, sobre todo a Abreu Galindo, por los historiadores más y mejor informados de las «antigüedades» canarias.

Andaba yo en esos días consultando un libro de un tal Diego de Guadix que había escrito a finales del siglo XVI una compilación de «algunos nombres arábigos que los árabes pusieron a algunas ciudades» de España -así reza su título-, con el ánimo de encontrar en ellos alguna concomitancia con los topónimos guanches, objeto actual de mis investigaciones lingüísticas.

Y encontré en él mucho más de lo que esperaba, pues el tal autor daba por árabes todos los topónimos guanches que en su libro se recogían. Y son muchos: *Aguatabar*, *Alajeró*, *Arafo*, *Arguayo*, *Bellhoco*, *Benchijigua*, *Benigna*, etc. Nombres de los que, por otra parte, la mayoría de ellos no figura en ningún registro canario antiguo. Pues aparte el error fundamental de Diego de Guadix de considerar árabigos los nombres guanches, lo que suponía desconocer la verdadera historia de los antiguos canarios, nos incitaba a conocer las fuentes de las que pudo haberse servido el autor de Guadix para citar topónimos canarios de lugares tan minúsculos y desconocidos en esas fechas fuera de las Islas. La respuesta nos la dio el estudio introductorio del libro: Diego de Guadix fue un fraile franciscano que vino a Gran Canaria en 1586 como comisario visitador de la provincia franciscana de Canarias. Por tanto conoció la realidad insular de primera mano y recogió los nombres guanches, que él creía arábigos, de la misma tradición oral de las islas.

Dejo para otra ocasión el estudio más detenido que requiere la consideración de los topónimos guanches por parte de Diego de Guadix, pero me detendré en lo que dice sobre Gáldar. (Lo de *Agáldar* es una denominación, sólo una, de entre las varias con que aparece mencionada en las escrituras antiguas.) En efecto, llegado al nombre de *Gáldar*, dice el franciscano de Guadix que consta del componente arábigo *ga*[*l*]i que significa 'casa', y del componente *dar* que significa 'cara o preciosa', con lo que el nombre de *Gáldar* significó todo junto 'casa cara o preciosa'. Y a continuación pone el porqué de ese nombre. Con razón los antiguos canarios -dice Guadix- llamaron así a su pueblo, pues había «una casa notable que los gentiles y antiguos naturales dél allí tenían hecha de comunidad, para que en ella se criasen las donzellas de todo el pueblo, debaxo la corrección y disciplina de una matrona a quien todas obedecían como a madre y superiora suya». Y sigue en la descripción de la casa, dejando constancia de que sigue en pie, diciendo: «Oy en día está la casa en pie y, cierto, con razón la llaman casa cara y costosa, porque debió de costar mucho de hazer, por ser como es de cantería, de unas piedras no muy grandes labradas a quadrado y sentadas en aquel edificio, sin intervenir en ella herramienta de hierro ni azero sino las escodas y espicoches eran unos pedernales fixados y enastados en las puntas de unos cuernos de cabras, que se dexa bien entender que a cada cuatro golpes se desenastaría el pedernal y se desbarataría aquella herramienta». Y concluye dejando constancia de que la vio con sus propios ojos y quedó asombrado de la perfección de la puerta de entrada que tenía: «Soy testigo de vista -dice Guadix- de que la puerta de aquella casa o monesteruelo es de madera y toda de una pieza y labrada, también sin hierro ni azero sino con los dichos pedernales enastados en puntas de cuernos de cabra, y assí los golpes o açoladas están señalados en la madera de la puerta, que son unos bocadillos de madera como la uña del dedo menor de la mano».

De este libro de Diego de Guadix nadie había dado noticias en relación con Canarias, que yo supiera, ni menos que en él se contuviera una descripción tan minuciosa y tan encomiástica de la cueva de Gáldar. Lo cual adelantaba en tres siglos la noticia de la cueva pintada. ¿De la cueva pintada? El texto de Guadix habla siempre de «casa» y no de cueva; habla del destino que tenía de «monesteruelo» de jóvenes doncellas dedicadas a alguna función ritual (que posteriormente se ha identificado con el de las famosas *harimaguadas*); pone su acento en la perfección constructiva de sus bloques de piedra, más teniendo en cuenta que no tenían herramientas de hierro ni de acero para labrarlas y que tuvieron que valerse sólo de pedernales fijados a las puntas de los cuernos de cabra; pone igualmente su admiración en el labrado de la puerta de entrada, de una sola pieza de madera, en la que se ven señalados los «bocadillos» que sus rústicos instrumentos de piedra y de hueso lograron sacar y que ahora le dan tan preciosa decoración. Pero ni una sola mención a las pinturas de paredes y techo de la cueva.

El deseo de conocer más y mejor las referencias antiguas que pudiera haber sobre la cueva

pintada de Gáldar me llevó a consultar la obra de quien más la ha estudiado, desde todos los puntos de vista posibles, desde el arqueológico, por haber sido el director técnico de las excavaciones, y desde el historiográfico, por haber hecho su tesis doctoral sobre el Guanartemato de Gáldar. Me refiero a Jorge Onrubia y a su espléndido libro *La isla de los Guanartemes* (Cabildo de Gran Canaria, 2004). En él está todo, salvo, claro, las nuevas referencias de Diego de Guadix. La única fuente antigua que da cuenta detallada del lugar en que vivía el Guanarteme de Gáldar en la época en que los castellanos llegan a la isla de Gran Canaria y la conquistan es Antonio de Sedeño, un enigmático autor que escribe un «Brebe resumen y historia muy verdadera de la conquista de Canaria» y que puede ahora consultarse en la impagable compilación que hizo Morales Padrón de todas las *Crónicas* de la conquista de Gran Canaria (Cabildo de Gran Canaria, 1993, 2ª ed.). Pero Sedeño habla no de una, sino de dos «casas» del Guanarteme: una que los antiguos canarios llamaban *roma* que estaba forrada de tablones de tea tan ajustados que ni se reconocían las juntas, y en la parte alta había unas pinturas en blanco, colorado y negro que semejaban «unos ajedresados, i tarjetas redondas a modos de quesos»; y otra casa cercana a la anterior «que seruí de seminario de doncellas, hijas de hombres principales, onde tenían maestra, mujer anciana de buena vida...».

La tradición posterior ha identificado la casa primera de Sedeño con la «casa fuerte del Guanarteme» que se mantuvo en pie hasta el siglo XVIII y estaba situada en un lateral de la actual iglesia de Santiago de Gáldar; y la casa segunda de Sedeño con la cueva pintada. Pero según la interpretación de Onrubia, Sedeño adjudica impropriamente a la «casa fuerte del Guanarteme» las pinturas que pertenecían a la cueva pintada destinada a ser «seminario de doncellas». Y si esto fuera así, resultaría que el relato de Diego de Guadix, coincidente en el destino que tenía de ser «monesteruelo de donzellas», vendría a identificar aquella «casa cara o preciosa», que según él fue la que dio nombre al pueblo de Gáldar, con la verdadera cueva pintada que hoy podemos ver restaurada; y de paso se convertiría su relato, junto con el de Sedeño, en la primera referencia histórica que de la cueva pintada tengamos, hecha además por alguien que confiesa haberla visto con sus propios ojos. Quienes más saben de la disposición que tenían las «casas» del poblado del Guanarteme de Gáldar podrán determinar mejor que yo si la descripción de Diego de Guadix se refiere en efecto a la «cueva pintada» o la «casa fuerte del Guanarteme».

Las dudas que pueden surgir de los textos de Sedeño y de Guadix, y que se arrastraron en toda la historiografía canaria hasta el siglo XVIII, proceden de la existencia de esas dos «casas» que hemos señalado y de la misma denominación de «casa» que se les da en los respectivos textos. Pero en realidad, los grancanarios aborígenes vivían en «cuevas» y «chozas», tal cual describe el cronista de América Francisco López de Gómara, siendo las primeras grutas naturales o acondicionadas como habitáculo humano y las segundas construcciones levantadas de fábrica. Y eso es lo que podemos ver claramente hoy en el Parque Arqueológico de Gáldar: la planta de hasta 60 «habitáculos» perfectamente delimitados y estructurados dentro de un conjunto, varias «cuevas» tal cual quedaron al ser abandonadas por los aborígenes tras la conquista, unas enteras y otras con los techos hundidos, y cuatro «chozas» reconstruidas por los arqueólogos que nos dan una idea magnífica de lo que pudo haber sido todo aquel poblado, pero identificadas todas ellas en las crónicas antiguas como «casas».

Además, el descubrimiento del poblado aborígen de Gáldar nos pone en evidencia de que la práctica de pintar paredes y techos con determinadas figuras geométricas o simplemente con colores extendidos no fue un caso aislado y único de la «cueva pintada», pues vemos muchas huellas de esta práctica en otras varias cuevas y «casas» del conjunto. Y es cosa, además, que dejó expresamente consignado Sedeño en su relato: «Otras muchas casas tenían pintadas, y cuevas con colores...». Pero ninguna tanto ni tan exquisitamente como la «cueva pintada», lo

que demuestra que ésta tenía una función especialmente relevante en el conjunto de aquel poblado, quizás, como se ha señalado, la de servir de cueva sepulcral de los hombres principales de aquella sociedad.

En fin, me sirve esta ocasión para felicitar a todas las personas e instituciones que han intervenido en la rehabilitación y puesta en funcionamiento del Museo y Parque Arqueológico de la Cueva Pintada de Gáldar, y muy especialmente al Cabildo de Gran Canaria y a los tres arqueólogos principales Jorge Onrubia, Iñaki Sáenz y Carmen Rodríguez, por tan magnífica obra puesta al conocimiento y disfrute de toda la sociedad, canaria, nacional e internacional, a la vez que recomiendo vivamente a todos los canarios que vayan a visitarla, una visita que debe ser inexcusable en el caso de todos los escolares de primaria y de secundaria, pues en ella se muestra de manera admirable una parcela de la identidad cultural de lo que el pueblo canario fue en sus orígenes. Una obra de la que deberemos sentirnos legítimamente orgullosos todos los canarios.